

que hemos hecho. Si cuando se quiere manifestar la voluntad general en materia de guerra basta el cuerpo legislativo, el rey, no teniendo ni participacion, ni influencia, ni nada de lo que hemos acordado al poder ejecutivo, tendréis en legislacion dos principios diferentes; uno para la legislacion ordinaria, y otro para la de la guerra, esto es, para la crisis mas terrible que pueda agitar el cuerpo político. Tendréis firmas, pero no la adhesion del monarca, para manifestar la voluntad general. ¡Hablad ahora de homogeneidad y de unidad nacional!

» Y esta no es una vana distincion. Sustituid, si queréis en vuestro decreto á *cuerpo legislativo el poder ejecutivo*, y definiendo un acto de la Asamblea nacional sancionado por el rey, y estamos de acuerdo. »

Luego seguia uno á uno y paso á paso los argumentos de Barnave, sosteniendo el propio decreto.

« Porque la monarquía tiene sus peligros, ¿queréis que renunciemos á las ventajas del sistema monárquico? Decidlo claro. Entónces tratarémos de ver si, porque el fuego quema, debemos privarnos del calor y de la luz que nos vienen de aquel. Todo puede sostenerse hasta la contradiccion; decidnos que no hay necesidad de un rey, y no que se quiere uno impotente é inútil. »

Barnave no respondió, pero pidió que se cerrase la sesion, y fué adoptado el proyecto propuesto por Mirabeau; quien sintiéndose un poco dolorido de los ataques que habia sufrido, distribuyó numerosas copias de sus dos discursos, precedidos de una carta á los 83 departamentos, en la que decia:

« Mientras que se calumnió mi vida privada, callé, ya porque un vigoroso silencio es una expiacion de faltas puramente personales, y por lo mismo excusables, ya porque el látigo de la censura pública me pareció muy respetable, hasta en mano de enemigos, y ya porque me pareció un mezquino egoísmo el pretender ocupar á mis conciudadanos de otra cosa que de aquello que les interesa.

» Pero hoy que atacan mis principios de persona pública, hoy que se amenaza á la sociedad entera en la opinion que yo defiendo, no podria ser indiferente sin desertar un puesto de honor, sin violar el precioso depósito que seme confié... Á vos, señores, someto ahora mi proyecto y mis discursos. Estoy seguro que os causará dolor al ver cuánto puede alterar las mas graves cuestiones el espíritu de partido, sembrando la division entre los auxiliares mas necesarios de la libertad...

» Verdaderos amigos del pueblo serán aquellos que le enseñan, que á los movimientos que fueron necesarios para salir de la nada, deben suceder conceptos capaces de establecer un sistema seguro con el tiempo; que despues de haber desconfiado bastante, despues de haber producido miserables ruinas, se necesita el concurso de todas las voluntades para construir

de nuevo; que es tiempo de pasar de un estado de legitima insurreccion á la paz duradera de un verdadero estado social, y que la libertad no se conserva con solo los medios que la han conquistado. »

## XVI

Este Barnave era el idolo que los envidiosos oponian á Mirabeau. Á los veintisiete años Grenoble le envió á la Asamblea, tomando parte con los mas exaltados en las ideas nuevas y odio á la corte. Ebrio de ideas liberales estudiadas en la constitucion inglesa, de elocucion elegante, viva, fácil, de imaginacion ardiente, y sereno despues de una discusion violenta, todas estas cualidades le valieron el honor de hacer frente á Mirabeau. El fué quien propuso que el nombre de Comuna fuese sustituido al de Estado Medio. En union con Lameth y Dupont, formaron una especie de triunvirato, interesante por sus pocos años, en breve influyente por su accion; y apoyados por el pueblo, hicieron pasar varios decretos muy radicales, hiriendo de muerte la Monarquía.

El talento de Barnave consistia en encadenar hábilmente consideraciones vulgares; pero lo hacia con gracia, con fuego, y excitaba los aplausos, mientras que Mirabeau en ciertos momentos era recibido con un ruido espantoso. Barnave era hermoso mozo; Mirabeau casi un monstruo de fealdad. Barnave era de aquellos que toman por la mañana la medida de su auditorio, que no se aventuran sino cuando están seguros de ser aplaudidos, que saben echar mano de palabras adecuadas á la corriente del momento, y que tomando el pulso al público saben los grados de calor que le conviene emplear. Mirabeau era por el contrario el hombre de la idea nueva, del esclarecimiento improvisado, de la proposicion arriesgada; fogoso, imprudente, hiriendo á diestra y siniestra siempre repentinamente, no obedecia otro auxilio que el suyo; imponente, duro, rígido en sus frases, profundo, preferia los aplausos de sus propias pasiones y de su corazon á los del pueblo en las tribunas. La elocuencia de Barnave al lado de la de Mirabeau era un camino real al lado de un torrente (1).

Atónito el corazon humano no sabe si Mirabeau saltaba de cólera al oír los virulentos ataques de sus adversarios, y si alguna vez no se intimidaba, ó mas bien se desesperaba. Es lo cierto sin embargo, que á la mitad de su

(1) He visto á M. Berenger de la Drome en el Instituto de Francia llorar y hacer llorar recitando el elogio de Barnave, presentándolo como un modelo á los que, dedicándose á la carrera pública, no saben con qué enérgica resolucion, y despues de hacer frente á los escollos, con qué abnegacion les impone la necesidad, con frecuencia inevitable, de resistir á sus propios ímpetus, y de elevarse sobre los partidos y los tiempos en que viven.

admirable discurso sobre la Regencia, cinco dias antes de morir, prorumpia en palabras melancólicas que dan mucho que reflexionar: « Cuando yo emitia las primeras ideas sobre la Regencia, he oido decir, con aquella placentera infalibilidad á la que estoy acostumbrado ya hace tiempo: ¡Es absurdo! ¡es extravagante! ¡no se puede proponer cosa mas defectuosa! Sin embargo, sería preciso reflexionar. »

Si, pero la reflexion no es la cosa que mas place á los enemigos, para quienes el único estudio es envilecer, y el único arte denigrar. ¿Nos dejaremos nosotros arrastrar por este vicio ó nos dejaremos llevar por esta corriente, para juzgar á Mirabeau de vil ó traidor á su causa? ¿Repetiremos las palabras de Necker que decia que « era tribuno por cálculo, y aristócrata por inclinacion? »

El único orador sincero y valiente entre los nobles era Cazales, que supo desplegar su valor en la tribuna, y producir, como Mirabeau, aquella emocion que aun se siente en la palabra impresa. Fiel á las tradiciones monárquicas, pero nutrido de las ideas de Montesquieu, defendia la Monarquía á nombre del voto nacional. « Los adversarios de la Monarquía (decia) quieren establecer un orden de cosas tal que, si no llegáis á ser los mas libres, seréis los mas esclavos del mundo... Aquí no se trata de intereses particulares, ni de clases distintas, sino de defender el interes comun y la autoridad real. »

Persuadido Mirabeau, como toda la Asamblea, que la Revolucion podia dominarse á voluntad, no tardó en comprender la importancia y la necesidad de dar vida al principio de autoridad, tratando de apoyar el gobierno para que tuviese su parte; pero el orgullo de los ministros, y la debilidad del rey, rehusaron sus servicios y exasperaron al demagogo. Habíase pensado elegir en la Asamblea un ministerio hábil y fuerte, compuesto de personas de ascendiente en el partido popular; pero ni monárquicos ni republicanos no parecían querer acordarse de Mirabeau. Sin embargo, este sabia que era necesario, y tanto por su propio interes como por el de la Francia, queria ser ministro, persuadido que la nacion no podia salvarse sin él. No pudiendo lograrlo, por el error grave que cometió la Asamblea, trató de arreglarse con el ministerio y con la corte; pero no pudo hacer nada, porque cada uno queria dirigir la Revolucion segun sus propios intereses. Uniéndose á los monárquicos, que eran los hombres prudentes de la Asamblea, hubiera acaso podido salvar la Monarquía; pero sus manchas y su misma envidia alejaban de él las personas honradas. La Fayette le hacia miedo, porque teniendo á su disposicion la guardia nacional, era el árbitro de un movimiento en las calles; mientras que á Necker le detestaba, porque tenia influjo en el gobierno, siendo el resultado de esto encontrarse como sofocado entre estos dos hombres.

Á pesar de todo, no quedaba otro medio de

salvar la Monarquía sino uniéndose á La Fayette y á Bouillé, el uno que mandaba la guardia nacional, y el otro el ejército, quienes hicieron ver lo que valian en varias ocasiones, y sobre todo en el asalto de Versalles, en cuya ocasion, en medio de la desconfianza y del espíritu de partido, supieron con su influencia y su suavidad inspirar respeto hácia la autoridad. Pero Bouillé, ardoroso y aristócrata, aborrecia al desertor de su casta; mientras que La Fayette, leal y enérgico, ademas de que huía de este hombre, no sabia adaptarse á las bajas maniobras y adulaciones de la corte. Mirabeau, grande ingenio sin virtudes domésticas, desdeñaba la virtud sin ingenio de La Fayette, de quien solía decir: « Tendrá que habérselas conmigo si quiere ser otra cosa que un gran ciudadano, y por eso me tiende mil lazos. »

Sin embargo, en la necesidad que sentia de dar consejos, trataba de introducirse cerca de este hombre, á quien escribia: « Yo deberia ser vuestro consejero íntimo, vuestro amigo sincero, el dictador del dictador. Richelieu fué Richelieu contra el instinto de la nacion » y en favor de la corte; y aunque hizo mucho mal á las libertades públicas, hizo mucho bien á la Monarquía. Tratad de ser vos un Richelieu en la corte, pero en favor de la nacion, y así podréis rehacer la Monarquía engrandeciéndola y consolidando la libertad pública. Mas como Richelieu tenia su fray « José, tened vos tambien vuestra *eminencia gris*. Vuestras grandes cualidades tienen necesidad de mi impulso, y mi impulso tiene necesidad de vuestras grandes cualidades... »

Al mismo tiempo hablaba en sentido opuesto y decia: « ¿Qué importa á este el interes público, ni el del rey, ni el de la Monarquía? ¿Tiene él otra fuerza que la de la anarquía para la anarquía, otro medio para hacerse necesario que la insurreccion, otro objeto que el de perpetuarla, y otro modo de ocultar su nulidad que hacerse popular á todo trance (1)? » Sea esto cierto ó no (puesto que no se puede contar con la sinceridad de Mirabeau), hacia que le dijese Montmorier: « Vos no debéis nunca reconciliaros con La Fayette que os ha engañado; pero ¿á quién no ha engañado voluntariamente, ó sin saberlo, ó sin quererlo? ¿Creéis que es ambicioso? no tiene otra ambicion que la de ser admirado; ¿creéis que desea el poder? solo busca las apariencias, mas bien que la realidad; ¿creéis que es fiel á la amistad; ¿no quiere á nadie mas que á sí mismo? ¿Y no os hubiera engañado con semejante carácter (2)? »

## XVII

Mirabeau hallábase ausente cuando fué elegida la primera autoridad de Paris, recayendo

(1) Nota XXVIII á la corte, en la *Correspondencia*.  
(2) Nota XLVI á la corte.



la elección en Bailly; pero luego á fuerza de arrebatarse, fué nombrado presidente del club de los Jacobinos, y despues de la Asamblea Constituyente, mostrándose muy elevado con la dignidad que dió á las deliberaciones, con la claridad en los extractos, con la oportunidad de sus respuestas; con una palabra aclaraba las cuestiones, aquietaba los tumultos, y fijaba la atención general, bien que solo hablase cuando contestaba á las diputaciones.

Espíritu pronto y agradable, mezcla singular de pasión y de razón, su propia ambición era la que le movía á sostener el trono con venal moderación, comprendiendo que nada podría hacerse con una plebe tumultuosa.

Su principal mérito, acaso el único, es la elocuencia; elocuencia como la de Lutero, de Cromwell, de O'Connell, y de todos los robustos agitadores de pueblos y de ideas. Cada vez que Mirabeau subía á la tribuna, se decía: «Nunca ha estado más elocuente.» Dicen algunos que tenía mal gusto, y que para salir de las frases comunes, caía en el neologismo, en lo extraño, en lo trivial. Pero sería preciso haberle oído, mas bien que leerle, cuando en medio del ruido y de los tumultuosos clamores de la tribuna, de las amenazas de muerte, se levantaba este hombre con su cabeza de tigre, voz potente, ojo sereno, amenazando é insultando á la Asamblea; y con puño levantado, miembros rígidos, pelo descompuesto como una melena, derramaba un torrente de palabras en guerrillas y en masas compactas, palabras plebeyas, sarcásticas, sublimes.

Droz dice que «las frases de energúmeno que se hallan en sus discursos, no eran pronunciadas con ímpetu, sino que sabía dominarse con la calma que manifiesta la superioridad.» Al contrario Victor Hugo dice: «Cuando habían llegado á picarle, á exasperarle, cuando le clavaban algunas de aquellas banderillas que hacen saltar al orador como al toro, aunque fuese á la mitad de su discurso, todo lo dejaba de un golpe, abandonaba la cuestión de punta en blanco, y se precipitaba sobre el incidente. Entonces, ¡desgraciado del interruptor! ¡desgraciado del banderillero que le había lanzado el dardo! porque Mirabeau se precipitaba sobre él, le embestia, le lanzaba al aire, le daba patadas, pasaba y volvía á pasar sobre su vientre, le sacaba las tripas y le hacía trizas. En su palabra abrazaba todo el hombre, fuese cual fuese, grande ó pequeño, malo ó mediano, pésimo ó nulo, fango ó polvo, con su carácter, su vida, su ambición, sus vicios y sus ridiculeces; nada omitía, nada perdonaba, no perdía golpe; hacía temblar, y hacía reír; sus palabras eran heridas profundas; con su aliento tempestuoso hacía erizar los cabellos en la Asamblea; y ¡cosa singular! cuanto más irritado estaba, cuanto más violento, lejos de disminuir su elocuencia, la aumentaba, le hacía descubrir nuevos argumentos, y una especie de lógica soberbia y contundente, unas metáforas atrevidas,

un sarcasmo tan incisivo que hacía palidecer la frente del mismo Robespierre...»

Su elocuencia, aunque popular, era la de un aristócrata; sus sentimientos populares no eran mas que una especie de liberalidad de su ingenio; las magníficas expansiones de su alma no se parecían en nada á las mezquinas imitaciones de los demagogos; conquistando uno á uno derechos para el pueblo; parecía regalarlos; era un atrevido voluntario de la democracia, haciendo ver que desde los Gracos hasta él, los tribunales mas poderosos del pueblo habían sido patricios.

El poderío de su palabra y la fuerza de su expresión bastaban algunas veces para hacer tomar un partido. Si la Asamblea se hallaba cansada ó atemorizada, el sonido terrible y sublime de la voz de Mirabeau, y uno de aquellos botes de su estilo, la despertaban y la daban vigor. «La Fayette (decía) tiene un ejército, pero yo tengo mi cabeza.» Nadie sabía mejor que él evaluar la importancia de los hombres y de las cosas, pues decía: «Siéyes es un metafísico que viaja en un mapamundi; Robespierre irá muy lejos porque cree lo que dice; la corte mata de hambre al pueblo. ¡Traición! El pueblo le venderá la constitución por pan. Hay muchos Aníbalas, pero hay necesidad de un Fabio...» La ley contra los emigrados la combatió como tiránica é injusta, y viendo la desaprobación á lo que decía, exclamó: «La popularidad que yo deseo es una frágil caña; pero la ocultaré en mi corazón;» y añadió: «Juro que si la ley de la emigración pasa, juro, digo, desobedecerlos.»

Mientras otros cambian, él pronuncia sentencias por las cuales hace creer ser el solo que conozca la posición, y sus sonoras frases llegaron á ser los proverbios de la Revolución. Con portentosa actividad remueve, intriga, pierde el aliento, entra en todas las comisiones, trata todas las cuestiones, y las decide, no como un hombre vano y utopista, sino como político.

En suma era fuerte, y el mundo es de los fuertes en las convulsiones y revueltas. Á los unos los seducía con palabras melosas, á otros los aturdió y aniquilaba con el sarcasmo.

La envidia, que siempre está lanzando dardos á lo más bello, le negaba completamente el mérito como orador; y hasta se dijo y se escribió que no componía él mismo sus discursos. Lo cierto es que cuando hablaba, con su gran facilidad y su abundancia de ideas, ora fuese en la tribuna, ora en la conversación, cautivaba y sorprendía á sus auditores; pero cuando tomaba la pluma le costaba trabajo, y apenas si escribía una línea sin cambiar y borrar hasta el punto de no poder él mismo leerse, entonces tiraba la pluma y el escrito á su secretario, diciéndole: «Adivinad, si podéis.» Esta dificultad en escribir, ó más bien esta superabundancia de ideas, se notaba hasta en las cartas mas familiares, como suele suceder á los grandes ingenios. En cuanto á los discursos y á los

artículos, faltándole el tiempo necesario á tantas cosas como emprendía, recurría á escritores, á quienes comunicaba sus ideas según la capacidad de cada uno para exponerlas en orden. Estéban Dumont, Duroverai y E. Panchaud se ocuparon de varios trabajos por orden suya; este último decía que «Mirabeau era sin igual para hablar de lo que no sabía.»

Sin duda alguna Mirabeau miraba las cosas superficialmente sin profundizar nada, y hasta se apropiaba en ocasiones los pensamientos de otros, añadiendo tan solo algunas páginas elocuentes; pero el decir que no sea él el autor de sus obras y discursos, es como si dijese que Rafael no era el autor de ciertos cuadros porque alguno de sus discípulos le hubiese ayudado en algo.

Por lo demás era un verdadero orador en medio de los retóricos; sin que por eso se pueda comparar á Demóstenes y á Cicerón, ni aun tal vez á Pitt y á Fox. Al principio era lento, hasta que se animaba; pero entonces comenzaba la impetuosidad, y apoyaba con vigor sobre ciertas palabras, elevándose hasta lo sublime.

En derredor suyo oíanse carcajadas, silbidos, un ruido furibundo, gritos de embustero, traidor, asesino y todas las demás amenidades de plaza pública; pero él, sin inmutarse, continuaba impertérrito.

## XVIII

Quitada la elocuencia, como hombre es peor que Robespierre, puesto que no hace el mal por fanatismo del bien como este, sino que hace el bien por cálculo, por debilidad acepta dinero, por debilidad de juicio cree poder frenar la Revolución, y á pesar de eso se dijo que era la cabeza mas fuerte que produjera la Revolución.

Sensual, malo, vanidoso y venal, no es tan peligroso para destruir como Robespierre, puritano, despreciador de las riquezas, y sin otra ambición que la de hacer triunfar sus principios y su persona.

En medio de las pesadimas fatigas que le causaba la Asamblea, Mirabeau continuaba su vida epicúrea; y habiéndole gustado Camilo Desmoullins, el ganimedes de la Revolución, le tenía consigo con frecuencia tratándose bien, y pasando alegremente el tiempo, á tal punto que este escribía á su padre: «Hace ocho días que estoy en Versalles con Mirabeau. Nos hemos hecho muy amigos, al menos él así me llama; todos los días me da apretones de mano, luego se va á la Asamblea, se reviste de su dignidad al entrar en ella y hace maravillas. Su mesa es demasiado delicada, y lo siento, porque despues me cuesta volver á

mi austeridad republicana, y me es mas difícil detestar á los aristócratas, cuyas culpas son disponer y hacer servir excelentes comidas (1).»

La corrupción de la corte explica las maldiciones contra la *Austriaca* (palabra inventada en la corte), que hicieron execrable María Antonieta á los ojos del pueblo. Así, pues, la Revolución no tuvo siquiera la molestia de inventar, porque lo peor que se decía había salido de Versalles. María Antonieta, joven, amable y viva, no se ocupaba de política al principio, pero luego se despertó al ver la Monarquía sin apoyo ni consejeros, porque al rey faltábale la resolución, la habilidad á los ministros, y á los cortesanos el valor y la prudencia: entre los príncipes no había ninguno á la altura de las circunstancias. Á esta princesa no le faltaba corazón para arrostrar la lucha y aceptar el sacrificio; pero no tenía acaso bastantes luces, y sobre todo la suficiente experiencia para escoger el camino que debía seguirse, rodeada de precipicios. Obligada, pues, á buscar hombres de buen consejo para darlos luego al rey, le pareció el mas adaptado para ello el conde de Mercy Argenteau, extranjero, y colocado cerca de ella por su misma madre. De aquí nació la voz de que había una junta austriaca, que tanto echaron en cara á la desventurada reina. Las cartas publicadas en el día ponen en claro que todo este ruido se reducía á los consejos que ella pedía, y que le eran dados con un desinterés ménos propio del embajador austriaco que del afectuoso servidor de María Teresa. Él fué quien la persuadió de someterse á la necesidad de ponerse de acuerdo con los hombres nuevos y con las cosas nuevas, y que introdujo á Mirabeau.

Mirabeau nunca había sido enemigo de Luis XVI; pues además de lo que leemos en el tratado *Del Despotismo*, hasta en la disertación sobre la libertad del Escut, le disuadía de imitar á Luis XIV. «Luis XIV fué grande, pero mas grande fué César, y á pesar de eso ¿qué hombre honrado no le detestó? Luis XIV fué grande, pero también lo fueron los hombres ilustres, azote del género humano, y que solo merecen su execración. Luis XIV fué grande, pero de aquella especie de grandeza que desuella y deshonorra la humanidad; mientras que la Europa conoce las acciones y los sentimientos de Luis XVI, que merecen por cierto mas respeto y estimación que las victorias de Luis XIV y toda su grandeza. ¡Desgraciado del ministro mal aconsejado y perverso que propusiese semejante modelo al joven rey, para quien aun es la conciencia un juez, un modelo y un amigo! ¡Desgraciado de aquel que le diese ideas falsas sobre la gloria, é insinuase en su corazón recuerdos malévolos y sugerencias de venganza!... No hay mas que una

(1) Correspondencia inédita de C. DESMOULINS, pág. 40.



gloria para un rey de Francia, y esta es la paz del mundo... »

Con todo, el buen Luis no podía avenirse con semejante hombre, especialmente cuando le vió tan adverso el alto clero; mientras que el que da consejos, tiene necesidad de una autoridad, á la cual renuncia el que los hace pagar: y Mirabeau fué pagado.

## XIX

Augusto María Ramon, príncipe de Arenberg, y conde de Lamark, nació en Brusélas el 30 de agosto de 1753, era hijo segundo de un general al servicio del Austria, y propietario de un regimiento de infantería tudesca, con el cual pasó á las Indias Orientales cuando estalló la guerra entre la Francia y la Inglaterra. Diputado en los Estados Generales, y propietario de la Asamblea nacional, conoció allí á Mirabeau que le decia: « Con un aristócrata como vos, siempre me entenderé fácilmente. »

Lamark ofreció sus servicios á la Bélgica por ser su patria, para echar de allí á los Austríacos; para lo cual pidiendo el permiso á la Asamblea nacional, decia que llevaria á todas partes las ideas, los sentimientos y principios que animaban á esta. Mas en su patria solo tuvo desengaños.

Vuelto entónces á Paris, encargóle el conde de Mercy, á nombre del rey, de ganar á Mirabeau, prestándose á ello por deferencia á la reina. Mirabeau se le presentó un día diciéndole: « No sé qué hacerme; no tengo un escudo: prestadme algun dinero. » Lamark le dió cuarenta luises, y le pidió la nota de sus deudas, que ascendian á doscientos mil francos, ofreciéndole de hablar al rey. Mirabeau no pedia mas que cien luises al mes; pero el monarca le prometió pagar aquellas deudas, le asignó cincuenta mil francos mensales, dándole cuatro billetes de doscientos cincuenta mil francos pagaderos al fin de la Asamblea. El acuerdo, ó mejor diré, el mercado con Mirabeau, escrito de puño y letra del que fué despues Luis XVIII, y que se encontró en la caja de hierro del rey, decia: « Primeramente, el rey promete á Mirabeau una embajada. Segundo, el rey le asigna cincuenta mil francos mensuales al ménos durante cuatro meses. Mirabeau se obliga á ayudar al rey con sus conocimientos, influencia y elocuencia en todo cuanto juzgue oportuno al bien del Estado y al interes del rey; dos cosas que todo ciudadano conserva por cierto inseparables. En caso que Mirabeau no pudiese ser convencido de las razones que le fueron expuestas, se abstendrá de hablar sobre aquel particular. »

Lamark describe el contento extraordinario de este ilustre tunante al ver asegurada para en adelante una vida mas cómoda. Mirabeau les

daba notas sobre la situacion todos los dias, que fueron conservadas por Lamark como un curioso documento. Al principio se presentó lleno de confianza, escribiendo á su amigo: « Vos exageráis sobremanera los inconvenientes de la Revolucion. Hay pocos ejemplos en los fastos del mundo de un cambio, de una insurreccion semejantes, y de un sacudimiento político al mismo tiempo, hecho con ménos gastos; pues á cualquiera hora que quisieran entenderse, y sobre todo gobernar bien, la Revolucion no tendria mas verdaderos mártires que algunos pocos sátrapas, que deben buscarse en las clases superiores y poco numerosas de la sociedad. Las populares y los obreros están en fermentacion, pero la fermentacion no es una desgracia para el hombre, cuya primera necesidad es la de ser sacudido y despertado. Trabajan poco, es verdad, y esto es un mal; pero una vez asegurada la libertad, renacerá la confianza, y con ella el crédito; y entónces podrán aligerarse las cargas de los labradores, que no entienden nada de nuestra filosofia, y para quienes nuestro amor á la libertad, sea cual fuere, les parece un vértigo pasajero. Sin embargo, sin ellos no podrémos consolidar la Revolucion, ni tomarán tampoco interes alguno, si no encuentran alivio inmediato y notable. »

Lamark escribe: « Mirabeau al principio habia creído que los ministros de la corona, como sucedia en Inglaterra, tratarian de formar un partido favorable al gobierno en la Asamblea, ganando las voluntades de los hombres de valia por su talento, conocimientos y popularidad. El partido popular era entónces el mas favorecido de la opinion pública, por lo que Mirabeau se lanzó en él, mostrándose violento para hacerse temer y para que le buscasse el gobierno; pero sus cálculos le salieron mal, y mas de una vez me manifestó su sentimiento. »

El mismo Lamark aun escribia en 1826: « Yo quise contribuir á conservar el trono, y á defender al desgraciado monarca que le ocupaba, haciendo entrar en su causa á Mirabeau, que parecia ser el enemigo mas violento y peligroso. » Es preciso decir tambien que este mismo Lamark parecia convencido de que Mirabeau no habia sacrificado por dinero ningun principio.

Sea como fuere, Mirabeau habia comprendido que la Asamblea no era en manera alguna enemiga del rey ni de la Monarquía; que estaba allí para capitular, no para vencer; que no tenia siquiera un vislumbre de lo que haria, ó en lo que vendria á parar (1); y que si cambió, la culpa fué de la corte. El rey por su parte, incurablemente indeciso, hallándose rodeado de tantas y tan terribles dificultades, y sin comprender la fuerza de una revolucion, no

(1) Correspondencia, t. II, p. 325

salia de los repliegues de una política vieja enfrente de tiempos y de hombres nuevos. Pero al verse engañado con frecuencia, y rodeado de dificultades á cada paso, ¿qué mucho es que desconfiase? Así es que en los casos extremos, solo acudia á la resignacion, que era el fondo de su buen carácter.

En Mirabeau tenia muy poca confianza, y en verdad el hombre que dice: « Pagadme, y callaré, ó hablaré; pagadme y os daré consejos, » es imposible estimarle. No es posible estimarle, por mas que él trate de llevar con orgullo su baja, como una mujer meretriz que quiere persuadir que se vende por amor; no es posible estimarle, porque repite que la corte le pagaba para que no hiciese mal, y que él aceptaba porque queria hacer bien, entrándole al mismo tiempo entónces el deseo de hacerse apoyar en la corte. En una palabra, queria ser consejero de ella, y que esta siguiese los consejos de él solo, y no de otros. Y sin embargo decia: « ¿Cómo podrán nunca los reyes adquirir una cualidad, que es en sí misma suprema, esto es, discernir las personas? pues viviendo fuera de la sociedad, no saben qué parte atribuye la opinion pública á cada uno. Yo no estoy en ninguna manera dispuesto á ser una mampara, ni á servir á quien no se fia de mí (1). »

Mirabeau, que habia vendido su conciencia, pero no su inteligencia, no sabia acomodarse á semejante transaccion, muy ruinosa por cierto en tiempo de revoluciones. Deseoso de accion y de dominar, se presentaba en la Asamblea decidido á sostener al rey; pero el calor de la discusion y las palabras de otros le separaban de la via propuesta á pesar suyo. El que le creyesen sospechoso, lejos de hacerle prudente, le exasperaba; y cuando le irritaban, sobre todo los realistas, que no sabian que estuviere vendido al rey, se ponian á sostener medidas subversivas, de modo que, de una manera ó de otra, queria aparecer importante.

Lamark le hacía el 22 de noviembre de 1790 las reflexiones siguientes: « Quisiera que no hiciéseis caso de los aplausos, porque debéis ríais aspirar á algo mas; y por otra parte la Asamblea es tal que aplaudirá mas bien lo que la razon reprueba y debe ignorar la positividad. No me agrada lo que habéis hecho decidir respecto á Aviñon. Me diréis que la Asamblea hubiera tomado un partido aun peor, y que era preciso transigir con ella. Dejadla hacer cuantas locuras quiera, y sostenéos firme en los buenos principios y en la justicia. Dios solo me ha dejado en el mundo para amar, y para ver y vigilar vuestra gloria. »

Mirabeau fué quizá el único que comprendiese la importancia de la cuestion del clero juramentado. En la correspondencia con Lamark dice: « No podria darse ocasion mas

(1) Correspondencia, t. I, pág. 141.

» propicia para reunir un gran número de malcontentos de la peor especie, y aumentar la popularidad del rey á costa de la Asamblea. » Para esto es menester: 1º Hacer que muchos eclesiásticos se nieguen al juramento; 2º hacer que muchos ciudadanos enérgicos de las parroquias, amigos de sus curas, se nieguen á nuevas elecciones; 3º hacer que la Asamblea tome un partido violento contra estas parroquias; 4º impedir que la Asamblea adopte paliativos para retroceder insensiblemente; 5º presentar todos juntos los proyectos concernientes á la religion, para que no se apague el fuego por falta de combustible. »

Respecto á la constitucion del clero, Lamark escribia: « Mirabeau en este asunto, como en otros muchos, tomó la peor parte; pues propuso un decreto bastante moderado, despues de un discurso muy violento, y así desagradó á todos, y principalmente á la corte, cansada de la manía de este hombre de correr detras de la popularidad. » Por su parte, María Antonieta escribia á José II el 22 de octubre de 1790: « Lamark defiende á Mirabeau, y sostiene que, si alguna vez comete excesos, va de buena fe respecto á la Monarquía, y que reparará estos desvíos de su imaginacion, en los cuales no tiene parte alguna su corazon. » Lamark dice que no le cabe duda que Mirabeau creyó hacer bien, y que habló así para ilusionar la Asamblea, y adquirir mas crédito en circunstancias mas graves. »

Consejero sin crédito ni autoridad, viendo que la corte no hacia nada, mientras que el país estaba en confusion, « ¡oh, qué fardos de algodon son estos! (exclamaba) ¡qué modo de titubear! ¡qué pusilanimidad! ¡qué mezcolanza bufona de ideas rancias y proyectos nuevos, de pequeñas, mezquinas repugnancias y deseos infantiles! Y cuando no han querido seguir ninguno de mis consejos, ni sabido aprovechar ninguna de mis conquistas, ni tomado en cuenta ninguna de mis operaciones, ni estudiado ninguno de mis cálculos, entónces se lamentan, dicen que no he cambiado en nada su posicion, que no se puede contar conmigo; y todo esto porque no me pongo á sostener pareceres, cosas y personas, cuyo buen éxito sería su ruina. Lo que yo aun no veo es una voluntad firme, y sin ella no nos podemos salvar; por lo que digo, que, si por no sé qué fatalidad, no se ve claro y se conviene en ello, me veré, y me veo ya en la necesidad de declarar lealmente que, habiendo llegado la sociedad á la última extremidad, es preciso que yo piense en combinaciones particulares en el momento en que será ya inútil el sacrificio que estoy pronto á hacer por entero (1). »

Aludiendo á María Antonieta decia con tremenda prevision: « No hay salvacion para ella sino reintegrando al rey en la autoridad real. »

(1) Notas del 27 de enero, y 13 de agosto de 1790.